



D. José María González de Mendoza



CAPITULO X

El loco Mendoza

DON José María González de Mendoza, López Saavedra y Vázquez de Ayllón, nació, como el gran poeta, «cuando el siglo contaba dos años». Procedía de una cristiana, antigua y noble familia de la ciudad de Puebla, y poseía algunos bienes de fortuna que le proporcionaban un mediano pasar.

Pocas personas en México podían comprobar, como Mendoza, su entronque con una noble cepa, pues á pesar de ser republicano y liberal, como lo era todo, hasta tocar en el fanatismo y la locura, guardaba sus papeles y pergaminos perfectamente clasificados, para demostrar, á la hora que fuera menester, que descendía de aquel conde de Tendilla que plantó el primero el estandarte de la cruz en la Alhambra de Granada, y del primer virrey de Nueva España, don Antonio de Mendoza el

bueno, á quien tantos beneficios debió esta tierra. Era pariente, y pariente cercano, nada menos que de la condesa de Teba, emperatriz de los franceses, doña Eugenia de Montijo; y ya verá quien siga leyendo, cómo de tan rumboso enlace le vinieron todas sus desventuras. Era don José, por los días del sitio de Puebla, un hombre de buena estatura, bien conservado (de tal manera, que nadie le habría echado la edad que en realidad tenía), metido en carnes y con tendencia á la obesidad. Tenía encendido el color de la cara, la nariz de caballete, los ojos negros y vivos, la boca grande, recta, de labios gruesos y sin expresión; así es que, aunque soltara la risa, el rostro le quedaba enjuto y serio, conociéndosele que estaba alegre sólo en una especie de cloqueo que causaba el efecto de la lija raspando el mármol. El cabello lo tenía ralo y crespo; el bigote espeso y cortado á tijera; la barba bien modelada; las extremidades finas.

Hablaba como si trajera en la boca un manjar sabroso que estuviera masticando, y según quisiera acentuar lo que contaba, abría ó cerraba los ojos desmesuradamente y por turnos de dos ó tres minutos para cada operación. Su andar era tal vez lo más raro de las muchas cosas raras que tenía: adelantaba la pierna derecha más que la izquierda, y, por consecuencia, el paso le resultaba desigual y como cortado.

El traje merecería capítulo aparte. Sombrero montado, con la onda prolongada; pluma triste y marchita y carrilleras de metal que cubrían la barba; corbata y cuello divorciados entre sí y más divorciados de la levita holgada y con trazas de alforja; pantalón bombacho y botas figuradas, al estilo de las que usan ahora los soldados de caballería, pero con el aditamento de hebillas caladas que ellos no llevan.

González Mendoza era inteligente, estudioso, instruído, trabajador, discreto, caritativo y un fénix de honradez; pero tenía en su contra una tremenda hendedura en el cerebro, que le hacía cometer las cosas más raras y originales. En Puebla se conservan sus hechos y dichos, como se guardan en cada Estado las de esos héroes epónimos que daban fisonomía y color á comarcas enteras, allá en los tiempos en que no se había igualado ó debilitado el carácter nacional por las comunicaciones fáciles, el vivir cómodo y el trato con extranjeros.

Recibía González Mendoza de pie, con los dedos pulgares en las sisas del chaleco y mirando picarescamente al interlocutor.

— Mi General, comenzaba el pobre oficialillo que iba en demanda de una gracia.

— ¿En cuánto me compró? ¿Cuánto le costé? Yo soy General de la nación...

— Venía á verle... seguía el cuitado.

Se volvía Mendoza de flanco, de frente y por detrás; permanecía un buen rato frente al peticionario, y concluía diciéndole:

— ¿Ya me vió suficientemente?

Luego examinaba al subordinado, por si acaso le



faltaba botón ó presilla, ó si tenía descosadura ó rotura, y como se las notara, ya tenía para rato el infractor. Porque eso sí, en negocios de protocolo militar, González Mendoza era intransigente. Durante el sitio se nombraba general de día, y el primero á quien tocó el cargo fué al general Mora, subordinado de Llave y hombre tan avi-

sado, que de su mano y pluma se conservó muchos años un parte en la comandancia de Veracruz: «Tengo la honra, decía el documento, de participar á usted que en el médano del Perro se encontró el cadáver de un hombre muerto, que aunque no portaba papeles para identificarle, por el habla parece inglés...»

Saludó Mora, y Mendoza, con melosidad impropia de su carácter, le preguntó:

— ¿Qué anda haciendo, mi querido *señor Mora*? ¿En qué le puedo servir, mi respetable *señor Mora*? ¿Qué desea, mi distinguido *señor Mora*?

— Yo venía...

— Pero siéntese, *señor Mora*...

Tomó asiento el otro, asustado de tanta gentileza, y empezó su discurso así:

— Yo vine á ver si tenía algo que mandarme para esta noche...

— ¿Yo mandar á usted, *señor Mora*?... ¿Por qué? ¿Con qué carácter?

— Soy General de día y usted cuartelmaestre de la plaza, dijo el otro amoscado.

— Me parece que se equivoca usted, *señor Mora*; el General de día es el señor *general Mora*, que es tan cumplido y tan en sus puntos, que sería incapaz de presentarse á recibir órdenes en traje de paisano...

No acabó de decirlo Mendoza, cuando Mora ya había

salido á todo correr, para vestirse de militar, sin que le faltara un ápice de la indumentaria.

Y como era en negocios de disciplina, lo era en todos cuantos caían en sus manos. Una ocasión, siendo prefecto de Puebla, expidió un bando en que disponía no se regaran tiestos, ni se sacudieran mantas, ni se tuvieran jaulas en los balcones. Una criada del prefecto quitó el polvo á un tapete en un balcón de la casa, é inmediatamente dispuso Mendoza cobrar el máximum de la multa á su propia mujer.

Ordenó que diariamente se regara y barrierá el frente de las casas, á las cuatro de la tarde, cuando más. Una vez recorría las calles, y al pasar por la de Santo Domingo observó que estaba seco y sucio el exterior de una panadería; vió y volvió á ver, se convenció de que no era el sol lo que había enjutado las losas, notó inmundicias aglomeradas en la banquetá, y después del más minucioso examen ya no le cupo duda: se había infringido el bando. Sin alterarse, fué á la esquina, llamó al *aguilita* que estaba de puntó y le dijo con imperio:

— ¿Me conoces?

— Sí, señor; es usted el señor prefecto.

— Bien; vé á aquella panadería (y le señaló la tienda que arrojaba una insolente bocanada de luz al exterior), hablas con el propietario y le dices que ya son las seis

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



...Mendoza empezó á barrer con suma destreza.

de la tarde y aún no barre el espacio que le toca; que cumpla en seguida con el bando.

El cholulteco llegó á la hora en que el asturiano dueño de la casa pesaba un saco de panocha en las balanzas de cobre, y lanzaba unos cuántos ternos por vía de recreación.

— Estamos muy ocupados, contestó el hijo de Oviedo; dile al prefecto que si quiere ver limpia la calle, que venga él á barrer.

Luego que don José María oyó el recado, sin inmuntarse ni ofenderse, ordenó al *policía*:

— Vé á buscar á dos hombres con cubos de agua, y procura una escoba de buen tamaño.

Obedeció el guardián, y luego que los peones regaron el exterior de la tienda, Mendoza empezó á barrer con suma destreza. Los gachupines se sintieron afligidísimos y trataron de quitar la escoba al prefecto.

— ¡A sus quehaceres! les dispuso con voz de trueno.

— Pero, señor prefecto...

— ¡A sus quehaceres!

— Permítanos usted que seamos nosotros...

— ¡A sus quehaceres! Ustedes están ocupados, y no es cosa que se distraigan en barrer calles.

Y siguió barriendo hasta que dejó el suelo capaz de que, según la frase vulgar, pero gráfica, se pudiera comer en él. Al día siguiente multó á los infractores, no sólo con

la pena máxima que señalaba el bando, sino con quinientos pesos más que ameritaba la irrespetuosidad cometida. Y cuando los afligidos astures le rogaban diciéndole que no había habido falta, él les contestaba:

— ¿De manera que la honra que han recibido ustedes de que barra el frente de su casa un general de la República, no debe pagarse un poco cara?

— Pero, señor, usted barrió porque quiso.

— No porque quise; porque ustedes me lo mandaron.

Le dabá grima á Mendoza ver que los indios llevaran los pollos en manojos, cogidos de las patas y con la cabeza hacia el suelo; se le figuraba que los pobres animales iban á sufrir apoplejías y á morir de enfermedad y no por mano de cocinera. Por bando gubernativo dispuso, pues, que la conducción de aves de corral se hiciera por algún procedimiento menos cruel. El inmediato día de mercado fue á ver cómo se cumplían sus disposiciones, y observó que los pollos seguían como antes, con las patas hacia arriba y la cabeza para el suelo. Mandó llamar á varios gendarmes, hizo llevar cuerdas y aprehender á los polleros, y después de dirigirles un sermón fisiológico-sentimental, ordenó se les atara de los pies y se les suspendiera con la cabeza para abajo. Fueron menester muchos ruegos para que no hiciera sufrir el tormento de San Pedro á los criadores de aves.

Ya se comprende que estas cosas tenían que granjearle

á Mendoza el dictado de loco; pero mucho antes tenía el buen señor conquistado el apodo, y por cierto con muy buen derecho. Estaba en un pueblo cercano á sus haciendas de Santa Lucía y Rijos; tomó su chocolate, se encerró temprano, rezó sus devociones y se echó en la cama. Empezaba apenas á conciliar el sueño, cuando le despertó una murga destemplada que atacaba con locura vales, redovas, contradanzas, varsovianas, polcas y todo el repertorioailable. Trató Mendoza de no hacer caso; se volteó de lado, cerró los ojos, procuró abstraerse, pero nada; la musiquilla seguía martillándole los oídos. Entonces tomó una providencia: se calzó las botas, se envolvió en la pañosa de vuelos, se caló el sombrero de copa y fumando un buen puro llegó á la ventana de la casa del baile, confundido entre los mirones que iban á asomarse.

No tardaron los organizadores de la fiesta en notar la presencia del rico personaje, y apenados salieron á rogarle se sirviera honrar la modesta reunión.

— Señor General...

— No sabíamos que estuviera usted aquí.

— No sabíamos que hubiera llegado.

— ¿Desde cuándo por esas tierras?

— Pase, señor...

— Pase á gozar de esta pobre reunión... Celebramos hoy el santo de Modestita, mi señora, y estos amigos se sirvieron traer una orquesta.